

SE SOMETIÓ A LA MUERTE

Queridos diocesanos:

En un antiguo himno cristiano, recogido por san Pablo en la carta a los Filipenses, se canta toda la gesta de la encarnación y se contempla la vida de Jesús como un acto de humillación, de kénosis, de aceptación obediente de la voluntad del Padre (2, 6-11). Leemos este texto cada año el domingo de Ramos y nos ayuda a introducirnos en los misterios que vamos a celebrar durante la Semana Santa. Jesucristo, que era Dios, renunció a su condición divina asumiendo nuestra frágil naturaleza humana, “se despojó de su rango” y vivió entre nosotros “como un hombre cualquiera”. El culmen de su kénosis fue la aceptación confiada de la muerte. “Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y muerte de cruz”. De esta manera –añade este himno- dio gloria al Padre, que lo ensalzó y “lo levantó sobre todo”.

Todos los momentos de la vida de Jesús se entienden como un acto de obediencia al Padre. Jesucristo no vino al mundo para hacer su voluntad, sino la del Padre que le había enviado (cf. Jn 6, 38). Ahora bien, la obediencia de Jesús no es la de quien se somete a una imposición que nace de fuera, sino que es una obediencia que nace del amor; es expresión de su amor al Padre. La aceptación de la cruz es, sobre todo, un acto de amor al Padre, que responde a ese amor concediéndole “el Nombre-sobre-todo-nombre”. Con su obediencia filial, Jesús repara el daño que causó nuestra desobediencia (cf. Rom 5, 19). La obediencia amorosa de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición (cf. CCE 1009) y, como dice la Carta a los Hebreos, “se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna” (5, 9).

Cuando Pablo escribe este himno, les dice a los filipenses que hagan suyos estos sentimientos: “tened los sentimientos propios de Cristo Jesús”. El cristiano tiene que hacer suya esta actitud de amor y obediencia que Jesús vivió. La vida de cada uno de nosotros debe ser un gran “sí” a Dios Padre, un “sí” que nace del amor que le tenemos como hijos suyos.

Jesús, “aun siendo Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia” (Hb 5, 8). Comenta el Catecismo de la Iglesia: “¡Con cuánta más razón la deberemos experimentar nosotros, criaturas y pecadores, que hemos llegado a ser hijos de adopción en él! Pedimos a nuestro Padre que una nuestra voluntad a la de su Hijo para cumplir su voluntad, su designio de salvación para la vida del mundo. Nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre (Cf. Jn 8, 29)” (n. 2825).

El misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, que vamos a vivir en Semana Santa, nos ayuda a vivir nuestra vida buscando la voluntad del Padre. En la oración propia del domingo de Ramos decimos que el Padre ha querido que Jesucristo se hiciese hombre y muriese en la cruz para “mostrar al género humano el ejemplo de una vida sumisa a tu voluntad” y le pedimos que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio para vivirla. La vivencia de la Semana Santa tiene que ayudarnos a convertir nuestra vida en un acto de obediencia a Dios, a semejanza de Cristo.